

DEBATE ►► Raúl Alfonsín

EX PRESIDENTE DE LA NACIÓN



Las propuestas de ampliación e inclusión de otros países en el bloque encuentran un límite en la naturaleza de éste, que supone la existencia de un arancel externo y una política comercial comunes.

El Mercosur no llega hasta México

Dice bien Clarín en su editorial del lunes 14 de mayo que la puesta en marcha del Parlamento del Mercosur es un incentivo que le permitirá sortear diferencias y fuertes asimetrías, abriendo una posibilidad más amplia de diálogo.

A no dudarlo, ha de servir para superar disensos, muchas veces producidos por la falta de una búsqueda permanente de consensos indispensables para avanzar en el proceso de integración.

No se encamina en ese sentido la reciente propuesta de la Senadora Cristina Kirchner, posteriormente respaldada por el propio Presidente de la Nación, de incorporar a México al Mercosur como miembro pleno.

En realidad, puede generar nuevas fricciones con los gobiernos de la región, que han actuado muchas veces sin el necesario diálogo que permita un conocimiento profundo de las respectivas posiciones, sin una firme voluntad política para buscar consensos y soluciones superadoras de dificultades puntuales, sin una visión estratégica de conjunto que permita orientar el accionar general.

La iniciativa no ha generado entusiasmo en México y puede convertirse en una fuente de tensión entre nuestro país y los otros miembros del bloque.

Es cierto que el Tratado de Asunción en su artículo 20 deja abierta la posibilidad de adhesión a los demás miembros de la Asociación Latinoamericana de In-

tegración (ALADI) entre los cuales se encuentra México.

Sin embargo, se debe tener presente que el Mercosur implica entre otras cosas, como lo señala el artículo 1° del Tratado de Asunción, el establecimiento de un arancel externo común y la adopción de una política comercial común con relación a terceros Estados o agrupaciones de Estados y la coordinación de posiciones en foros económico-comerciales regionales e internacionales. Todo ello sería imposible de cumplir por México dado que es miembro del NAFTA, que responde a otra lógica y concepción.

Toda mi vida he defendido la causa de la integración latinoamericana y comparto el deseo de mantener todos los puentes posibles de comunicación con México y de acercar a este país hermano al proceso de integración de América del Sur. Pero a mi entender, su inclusión representaría la destrucción del Mercosur e implicaría en realidad la solapa de adhesión del Mercosur al NAFTA, contra las aspiraciones de los pueblos de la región que desean profundizar la integración regional.

Es evidente que el Mercosur, perdería toda fuerza negociadora externa dado que no tendría cohesión interna alguna, sería paralizado por contradicciones y lógicas comerciales muy diversas. México no se transformaría en el puente entre el Mercosur y el NAFTA: sería simplemente la



HORACIO CARDO

prolongación del NAFTA dentro del Mercosur.

Ello sería de particular gravedad a la luz de la significación que tiene para nosotros el Mercosur como destino para nuestras exportaciones tanto por su valor como por su composición. Cabe recordar que nuestro país exportó a Brasil el año pasado 8.100 millones de dólares contra sólo 1.473 millones a México y que el mercado brasileño, como lo señala el último informe de evolución del comercio del CEI fue el que más contribuyó al incremento de nuestras exportaciones.

Asimismo debemos tener presente que las exportaciones hacia

el Mercosur se caracterizan por tener una alta participación de bienes industriales, de alto valor agregado. Además, Uruguay y Paraguay no comprenderán la razón por la cual no se les permite a ellos también negociar un acuerdo de libre comercio con la principal economía del planeta mientras se lo habría permitido a otro socio mucho mayor como México.

Brasil –nuestro socio estratégico, principal mercado y proveedor– recibió la iniciativa con sorpresa y malestar, dado que lo obligaría a asumir el costo político de decir que no a un eventual pedido de adhesión de México.

Cabe recordar que Brasil –como Argentina– se opuso con tenacidad y por muchos años a la iniciativa del ALCA, por considerar la desequilibrada.

En Venezuela, que se retiró de la CAN porque otros países de ese comunidad andina firmaron acuerdos con Estados Unidos similares al NAFTA, la eventual adhesión de México al Mercosur generaría particular conmoción. No podemos olvidar que la incorporación de Venezuela al Mercosur ha generado importantes beneficios comerciales –pese a su régimen político, que nos obliga a trabajar para defender las instituciones democráticas– y que figura entre los mercados más dinámicos para nuestra corriente de exportación.

La iniciativa pone en riesgo miles de fuentes de trabajo en nuestro país y utilidades de nuestras empresas, por lo que sugiero que el Gobierno nacional retire rápidamente la iniciativa propuesta y la reformule explicando tanto a los socios del Mercosur como al gobierno de México que se busca la mayor asociación posible, pero no la integración de México al Mercosur.

La improvisación y el espíritu poco proclive al diálogo y la negociación contribuyen en buena parte a acentuar las tensiones en nuestra región. El país necesita que se formule una estrategia de integración que contemple sus intereses nacionales y que sea simultáneamente una propuesta superadora y de consenso.

TRIBUNA ►► Angel Gabilondo

FILOSÓFO, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Pocos hechos modifican tanto la vida como el sabemos enfermos. Rutinas y escala de valores se distorsionan, pero también surgen aprendizajes positivos.

La enfermedad nos revela otra identidad

Nunca tenemos una enfermedad, es ella la que nos tiene a nosotros. Suele decirse que, más que de enfermedades, hemos de hablar de enfermos, esto es, de personas singulares e irrepetibles que afrontan una dolorosa travesía personal.

La salud no es simplemente la ausencia de enfermedades. Hay quienes no padecen ninguna y no son, en modo alguno, sanos. No sólo ser sano es más que estar sano, es que estarlo es más que no tener enfermedades. Pero hay enfermos y no siempre resultan visibles en una sociedad que hace atlética ostentación de cuerpos esbeltos y saludables.

La enfermedad comporta una intrínseca soledad. Vérselas con uno mismo, en una desarticulación que se nos incorpora, nos

toma y busca adueñarse de nosotros es duro y exigente. Y tanto se agradece la compañía como se comprende que hay un lugar, un punto sombrío al que nadie podrá acudir ni asistir, sino el propio enfermo. Allí habrá de encontrarse con el rostro de lo que nos toma y quiere hacer de nosotros algo diferente.

La enfermedad es triste y obsesiva, hasta provocar un cierto aislamiento. Para empezar, del espíritu. Las llamadas enfermedades del alma, su misterio, su silencio, su ausencia de obra, impiden cualquier calificación, pero acechan. Esa laguna que ronda la existencia de cada uno de nosotros y que constituye un enigma alcanza a tantos que, angustiados y desolados, sienten un mal sin objeto que hace la vida realmente

difícil. Se mira alrededor buscando un poco de aire, una mirada, una palabra, algo que hacer o desear y que permita cualquier sana decisión. Aprender a vivir con ellas es duro y a veces necesario. Combatirlas, también.

La irrupción de la enfermedad lo modifica todo, hasta la escala de valores. Es entonces cuando uno comprende lo equivocado que estaba. Tanta obsesión, tanta preocupación, tanto desvelo, por asuntos que ahora muestran su insignificancia. La enfermedad llega en ocasiones con contundencia luminosa hasta alcanzar otros ámbitos decisivos.

Para empezar, Los afectos. Una especial sensibilidad propicia tanto la indiferencia para lo que antes resultaba decisivo, cuanto una emergencia de los detalles.

Y se siente con un sentir renovado, desconocido. O se anuncia la posibilidad de su pérdida.

En las habitaciones de los hospitales, clínicas, sanatorios, esperan seres muchas veces silenciosos, otros acallados, que padecen las dentelladas de la enfermedad. Muchos velan por ellos, con ellos, luchan por ellos, con ellos, pero los enfermos siempre resultan socialmente ocultos, incluso silenciados o escamoteados. Acallados por nuestra frenética actividad, esos seres siempre humanos se desvelan por vivir, incluso cuando el sufrimiento y el dolor trastornan todas las relaciones y todos los entornos.

En ocasiones, se atrofia el sentir. Y es tal la sequedad, que ya no sabemos ni llorar, como hay ciudades que no saben ni llover.

La enfermedad no es un defecto que haya que reparar. Es un estado, pasajero o no, pero un estado que puede ser todo un mundo, un modo, una forma de vivir o de desvivir. Y la cura y el cuidado requieren mano y corazón humanos. Sin ellos no existe el milagro poderoso del conocimiento y sus efectos.

No es fácil vivir con un enfermo y, menos aún, cuando se trata de uno mismo. Luchar con la enfermedad, comprender y ayudar a los enfermos es también aprender con ellos que nuestra inusual salud, que nuestra salud improbable, requiere la capacidad de vivir armoniosa y gozosamente, con el equilibrio agradecido de no estar enfermos. Incluso de estar y, ojalá, ser sanos.

Copyright Clarín y La Vanguardia, 2007.